

El Espantapájaros con Corazón



El espantapájaros con corazón

El dueño de unos grandes trigales y sembrados, cansado de que los pájaros se comieran sus brotes y semillas, una tarde decidió colocar en medio del campo un espantapájaros.

Sin dudarle mucho, fue hasta la casa de uno de los campesinos que trabajaba para él y le encargó el trabajo.

—¡Debe ser un espantapájaros muy especial! —le dijo con voz fuerte y autoritaria—. ¡Quiero que ahuyente de verdad a las aves y que cuide los sembrados!

Decidido a cumplir bien la orden de su patrón, el campesino se puso a meditar seriamente sobre las características del monigote para que de verdad ahuyentara a las aves.

Concluyó que el espantapájaros que le pedía su patrón debía tener ojos para ver cuando se acercaban, oídos para escucharlas cuando revolotearan a sus espaldas y un corazón para amar mucho su trabajo, porque él sabía que el trabajo de un espantapájaros no era nada fácil. Todo el día pendiente de que no se acercaran las aves, siempre mirando, siempre escuchando. Siempre poniendo atención. Siempre a pleno sol, o bajo la lluvia, o en el frío congelante del invierno o luchando para que no lo derribaran los vientos.

Buscó con dedicación unos maderos lo suficientemente fuertes, mucha paja, un abrigo viejo que tenía guardado, un gran

sombrero y se encaminó a paso firme en dirección a los sembrados.

Acostumbrado a usar el serrucho y el martillo, pronto los maderos tomaron la forma de un hombre alto y flaco con los brazos extendidos hacia los lados. Sin demora le puso el abrigo y sobre la cabeza, un montón de paja amarillenta y un sombrero para que no lo lastimara tanto el sol.

—¡Tendrás que tener mucho cuidado con las aves! ¡No debes permitirles que se coman las semillas! ¡Los brotes del trigo! ¡Ni siquiera que se acerquen al campo! —le ordenó, en cuanto el espantapájaros estuvo totalmente vestido.

Después, parándose frente a él, continuó:

—¡Para eso te daré unos grandes ojos que te permitan ver aun desde

muy lejos. Y haré unas hendiduras mas abajo de tus sienes para que de la misma forma puedas oír hasta el mínimo batir de alas. Y también un gran corazón para que el trabajo te haga feliz.

Y sacando de sus bolsillos unos vidrios verdes y brillantes los colocó en su cara. Después le hundió los dedos en las sienes, y con gran cuidado formó un enorme

corazón con la paja que le había quedado y se lo puso en el pecho.

Además diciéndole que era conveniente estar completo le pegó una rama muy larga, flaca y retorcida de nariz y le dibujó unos labios rectos para no dejar atisbo de amabilidad.

Con los ojos que el campesino le había dado, el espantapájaros lo vio alejarse con los restos de madera sobre sus hombros hasta desaparecer más allá de los cercados.

Con los oídos escuchó perderse el eco de sus pisadas. Entonces sintió un extraño cosquilleo en su pecho. Realmente estaba emocionado de ser un espantapájaros, un guardián de los campos, un vigilante. Sin embargo, junto a esa emoción otro sentimiento lo asaltó repentinamente. Se sintió solo. Sí. Porque por más que miraba y miraba hacia la distancia, ya el hombre que lo había creado no estaba y tampoco podía ver a nadie parecido a él. Nadie con sombrero, ni con ojos de vidrio, ni con brazos de madera y cabello de paja.

Eso era lo que sentía el espantapájaros mientras una suave brisa le enfriaba el rostro y el silencio se extendía como una sábana en el campo.

En cambio, más allá del cercado, en los árboles, los pájaros que los habitaban estaban aterrados. Algunos habían visto alguna

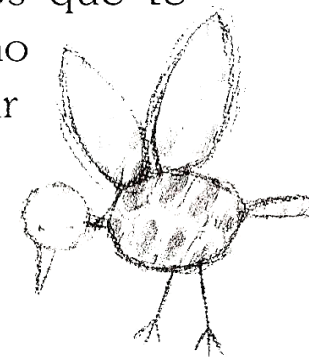
vez un espantapájaros. Otros solo habían escuchado hablar de la existencia de esos seres tan extraños. Pero para ninguno era secreto que eso que ahora estaba en medio del campo era lo peor que les puede pasar a los pájaros. Entendían, sabían que donde hay un espantapájaros no podía haber pájaros. Para ellos era algo horrible. Era como el aire para los peces, como el agua para el fuego, como la mentira para el amor.

—¡Ha llegado un monstruo! —exclamaron todos al verlo— ¡Es horrible!

—¡Espantoso! —repetían agitando fuertemente sus alas.

—¡Es uno de esos monstruos que te comen o te cortan las alas! ¡Con uno aquí no podremos ni siquiera volar sobre los sembrados!

—¡Véanlo! ¡Mírenlo!



—¡Es enorme! ¡Sus brazos están preparados para atacarnos!

—¡Vean su rostro, sus ojos fieros, su larga y filosa nariz dispuesta a ensartarnos como si fuera una espada!

Con el terror que el monstruo les provocó, desde aquel día ningún pájaro se aproximó a los campos. Volaban solo cerca de los árboles. Y muchos decidieron alejarse, buscar un lugar donde no hubiera peligro, donde no existiera la amenaza de tan temible criatura.

El espantapájaros, en tanto, ignorante del temor que despertaba en las aves, pasaba horas y horas observando como ellas iban de rama en rama y escarbaban en la tierra buscando gusanos. Sus oídos disfrutaban cuando en la madrugada lo despertaban sus trinos. Se alegraba su enorme corazón de paja al oír las cantar. Eran para él lo único que

calmaba la tristeza que se fue apoderando de su corazón solitario.

Pero gorriones, zorzales, loicas nada sabían de sus sentimientos. Le tenían un temor horrible. No se atrevían siquiera a mirarlo.

Un hermoso día llegó la primavera, el tiempo de las flores, las mariposas y los polluelos. Las mamás pájaras los cuidaban llevándoles el alimento. Los papás los defendían de los demás animales. Y cuando ya estaban más crecidos y podían volar, les advertían del peligro del monstruo del campo.

—¡No deben acercarse a él!

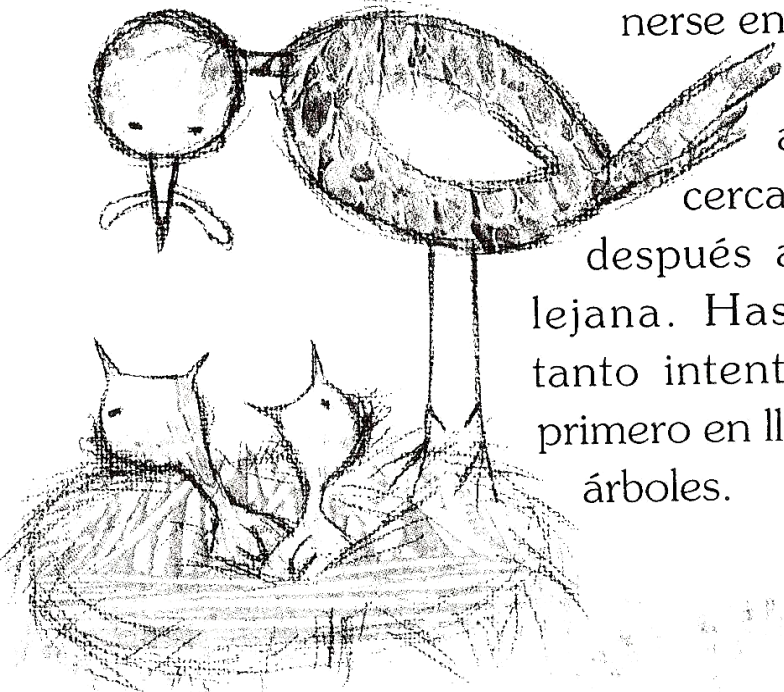
—¡Ni siquiera mirarlo!

—¡No hay que tentarse e ir a picotear la paja que tiene su sombrero!

Pero no todos escuchaban lo que se debe escuchar; siempre había por ahí algún distraído; siempre, un polluelo que no alcanzaba a oír la frase completa.

En uno de los árboles, ahora verde y espeso de hojas, nació un pequeño y atrevido gorrion. Sin permiso de su mamá, se lanzó a volar antes que sus hermanos. Lo hizo con esfuerzo; agitando trabajosamente sus alas mantuvo el equilibrio y pudo flotar y soste-

nerse en el aire. Primero voló a una rama cercana al nido, después a otra más lejana. Hasta que de tanto intentarlo fue el primero en llegar a otros árboles.



Sus padres, al verlo tan atrevido, le advertían:

—¡No debes alejarte tanto!

—¡Estás yendo muy lejos!

Pero el gorrioncito no escuchaba.



Él solo pensaba en llegar lejos, lejos, lejos. Él quería conocer otros árboles, otros nidos, otros lugares. Siempre regresaba contando lo que había visto, lo rico que era sentir el viento sobre su cara, sentir sus plumas llenándose de aire.

Así fue como logró la admiración de sus hermanos. Después de cada vuelo, todos esperaban su regreso. Todos deseaban escucharlo.

—¡Qué valiente eres!

—¡Eres el mejor de la bandada!

—¡El más veloz!

—¡Sí, eres el mejor! —exclamaban al unísono cuando el pequeño gorrión se quedaba un momento con ellos, picoteando alguna fruta de los árboles.

Pero como siempre sucede, siempre hay otro por ahí que no se alegra con las hazañas de uno como él. Uno que envidiaba sus destrezas, su valentía. Una tarde que ya no soportó más los halagos de sus amigos, se paró frente al gorrión y lo desafió:

—¡A que no eres capaz de volar hasta donde está el monstruo del campo y traer de vuelta una paja de su sombrero!

El gorrioncito no era un pájaro peleador. Pero tampoco era un cobarde. Por eso no le gustaba que lo trataran de cobarde, de poco pájaro, así es que, aunque sintió que el corazón saltaba en su pecho, le respondió:

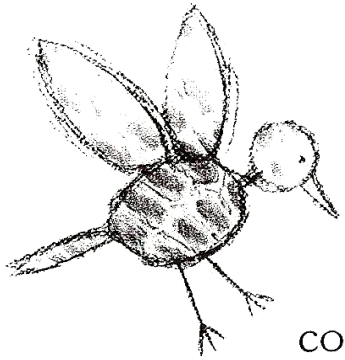
—¿Que no me atrevo, dices? ¡Ya vas a ver!

* * *

A la mañana siguiente muy temprano, sin el conocimiento de sus padres, todos los pajarillos se reunieron en un solo árbol para ser testigos de la proeza del pequeño gorrión. Todos estaban seguros de que el gorrioncito no faltaría a la cita.

Y así sucedió.

La mañana estaba helada. Había, incluso, algo de niebla que hacía que a todos los pájaros se les congelara la punta del pico. Pero eso era lo de menos. Algo muy interesante iba a suceder. No. No era exactamente interesante. ¡Era algo emocionante! Nunca antes, nunca, realmente nunca antes un pájaro se había atrevido a realizar una hazaña semejante. ¡Acercarse al monstruo! ¡Ir por una paja de su sombrero!



Sin pensarlo mucho y antes de arrepentirse, el pequeño gorrión se paró en la rama más alta, batió sus alas como tan perfectamente lo venía haciendo desde hacía meses y se lanzó en la búsqueda de tan preciado galardón.

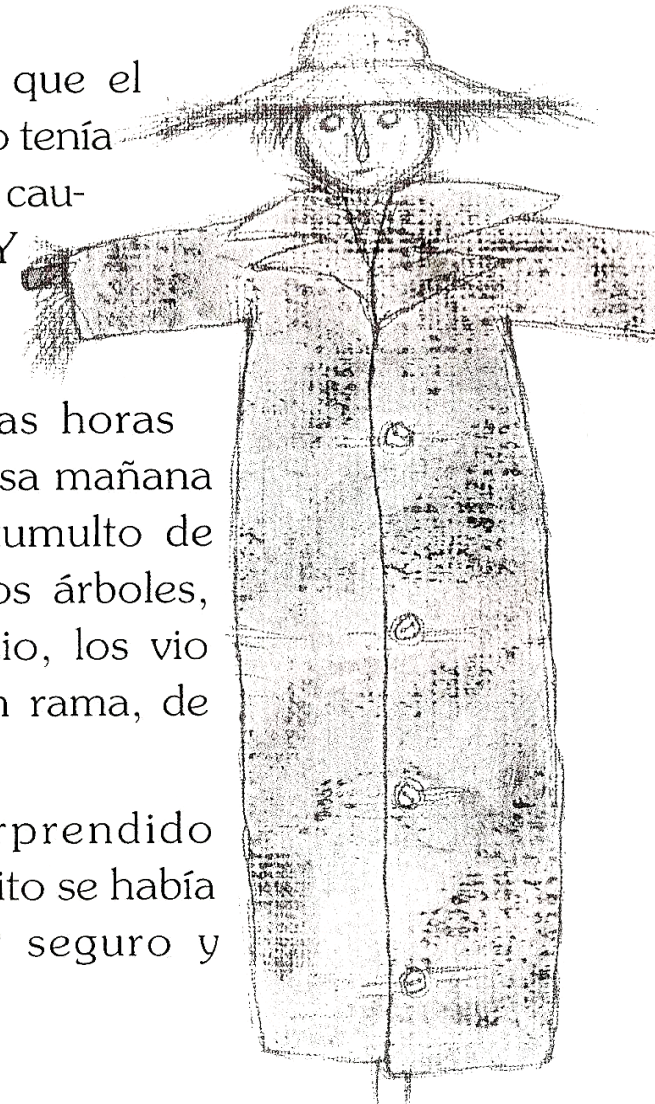
Lejos, pero enfrente de su vista y amenazante, lo esperaba el espantajo del campo.

El gorrión voló, voló y voló alto y muy rápido. Los demás pájaros le daban ánimos y agitaban las alas. El pájaro envidioso achicaba los ojos y mantenía el pico bien cerrado, tanto que llegaba a dolerle. Pero los otros metieron tanto ruido que la bulla despertó a los pájaros padres. Cuando ellos se dieron cuenta de lo que pasaba, ya era demasiado tarde: el pajarillo no era más que un punto haciéndose cada vez más pequeño, más indefenso, más pronto a desaparecer.

Ante el asombro y el terror de los que lo miraban, se encontró muy luego de pie en una de las alas del sombrero del espantapájaros.

Bien se sabe que el espantapájaros no tenía idea del terror que causaba en las aves. Y también se sabe que se pasaba horas tras horas observándolos. Esa mañana fue testigo del tumulto de los pájaros en los árboles, escuchó el bullicio, los vio volar de rama en rama, de árbol en árbol.

Observó sorprendido como el gorrioncito se había echado a volar seguro y



decidido en dirección a él. El espantapájaros sabía que el árbol desde donde había partido no estaba cerca. Así es que al sentirlo sobre su cabeza, no dudó en preguntarle:

—¿Te has cansado mucho?

El pequeño gorrión al escuchar la voz, quiso huir, volar de vuelta, regresar a su árbol, pero sus alas estaban extenuadas. Pensó entonces que lo mejor sería contestarle y enfrentar al monstruo si fuese necesario. Infló mucho su pecho y, lo más ronco que pudo, contestó:

—¡Solo un poco!

El espantapájaros, al oírlo, sintió algo muy extraño en su corazón. Algo que lo obligaba a suspirar muy profundo y decirle que no se preocupara, que descansara sobre su sombrero todo el tiempo que quisiera. Pero no pudo. En vez de eso sintió que sus ojos

se llenaban de lágrimas y que una a una comenzaban a rodar por su cara. No supo por qué, ni cómo, pero un enorme suspiro explotó desde su pecho y lo hizo soltar el llanto. El gorrión, al sentir los movimientos del cuerpo del espantapájaros y aquel ruido tan raro, pensó que el monstruo se había enojado y deseaba devorarlo. Como pudo, haciendo un esfuerzo sobrepájaro, comenzó a batir sus alas, pero solo alcanzó a llegar hasta la nariz del espantajo. Para colmo, se vio en la necesidad de afirmarse en ella para no caer.

—¡Qué horror! —pensó colocando sobre su rostro el ala que le había quedado libre—. ¡Mis padres tenían razón! ¡Nunca debí alejarme! ¡Fue una imprudencia haber respondido al desafío de ese pájaro envidioso! ¡Debí quedarme en casa! ¡Este monstruo ahora sí que me va a comer!

Sin embargo y para su sorpresa, pasaron los minutos y los minutos y los minutos y no sucedió nada. Nadie le arrancó las alas. Ni le cortó las patitas. Ni le arrancó una a una las plumas del vientre.

El gorrión, entonces, destapó su cara y vio aquellos dos ojos de vidrio, enormes y verdes, rebosantes de lágrimas.

—¡Estás llorando! —exclamó sorprendido.

Entonces el espantapájaros susurró apenas:

—¡Es que nunca nadie había venido a visitarme! ¡Ni siquiera mi padre! ¡Me ha olvidado! ¡Aquel que me puso ojos y oídos y corazón para sentir, ya ni siquiera se acuerda de mí! ¡Y siempre estoy tan solo! ¡Tan solo!

—¡Pero, no entiendo! ¡Todos dicen que tú eres muy malo! ¡Mis padres y todos los padres de los pájaros dicen que no debemos acercarnos a ti! ¡Aseguran que te comes a los pájaros! ¡Que eres un monstruo! ¡Un malvado!



—¿Yo? ¡Yo no puedo hacer eso! ¡Jamás podría hacerles daño! ¿Además, cómo querría yo matar a los que me acompañan? Desde aquí los observo como vuelan y también puedo oír como cantan. Desde aquel día en que nací no hago otra cosa que mirarlos y escucharlos cantar. ¡Ustedes son mi única alegría!

—¿En serio? —preguntó el gorrión, haciendo un esfuerzo para levantar sus patas y pararse sobre su nariz.

—¡Claro que sí! ¡Sin ustedes todo sería tan triste! ¡Tan silencioso! ¡Tan quieto! —exclamó el espantapájaros, ya más calmado.

El gorrioncito recordó las veces que él se había sentido triste: el día en que su papá lo había regañado por quitarle un gusano a su hermano y cuando su mamá no lo había querido llevar con ella a buscar insectos. Aún

tenía vívido el dolor de aguantar las lágrimas y la presión en el pecho y los deseos enormes de suspirar muy fuerte y llorar.

Entonces tuvo compasión del espantapájaros. Voló hacia uno de sus hombros y, empujándose hasta uno de sus oídos le dijo que no se preocupara.

—¡Todos los días te vendré a visitar! ¡Ya nunca más estarás solo! —exclamó—. ¡Y les contaré a mis hermanos que no eres un monstruo malvado, que tal vez en otros campos los haya, pero que tú eres diferente!

Los labios del espantapájaros se curvaron poco a poco hasta que una sonrisa se dibujó en su rostro. Al verlo ya más feliz, el gorrión se atrevió a contarle la razón de su visita y a pedirle le permitiera sacar una paja de su sombrero.

—¡Lo que quieras! —le contestó feliz el espantapájaros—. ¡Estoy para ser tu amigo!

El pajarillo sacó una paja desde la cabeza del espantapájaros y emprendió el vuelo de regreso, diciéndole adiós con una de sus alas.



* * *

—¡Es bueno! ¡Es un monstruo con corazón! —les dijo el gorrión una y otra vez a todos, a los mayores y a sus padres una vez que estuvo de regreso.

Pero nadie lo escuchó. Le quitaron la pajita que había traído y lo mandaron a su nido después de una gran reprimenda.

—¡No volverás a ir! —le ordenaron—. ¡Tú eres muy pequeño para saber las cosas de

este mundo! ¡Probablemente te engañó para que los demás nos acerquemos sin temor y después atacarnos sin piedad! ¡Nunca más! ¡Nunca más debes ir! ¡Además, muchos peligros acechan a los pájaros en el aire! ¡El cielo está lleno de sorpresas!

Pasaron muchos días, demasiados para el pequeño gorrión que no podía olvidar los ojos del espantapájaros ni su alegría cuando le escuchó decir que volvería a visitarlo. Muchos días sin permiso para salir o para volar. Muchos días de castigo por su desobediencia. Así es que una mañana en que todos estaban muy ocupados, se escapó. Se ocultó volando de árbol en árbol hasta que pudo hacerlo en dirección a los sembrados.

Cuando los padres se dieron cuenta de la nueva desobediencia de su hijo, él ya estaba muy lejos. Sus pequeñas alas se batían presurosas en el vasto cielo azul.

—¡Amigo! —le gritó el espantapájaros al verlo venir hacia él.

—¡Amigo! —le gritó el gorrión desde el aire— ¡Amigo, vine a verte!

Ambos estaban felices.

Pero tal y como le habían advertido sus padres, la vida estaba llena de sorpresas.

De pronto, un halcón apareció en el cielo. Con sus ojos feroces puestos en el pequeño gorrión y sus garras dispuestas a atraparlo.

Desde donde estaba, el espantapájaros pudo ver sus alas enormes abalanzándose sobre el pequeño.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritó.

Pero el gorrión no había visto al halcón y no escuchó la advertencia de su amigo. Viendo el espantapájaros que el pequeño no sería capaz de escapar de tan feroz enemigo,

decidió hacer algo: tomó y tomó y tomó aire e infló enorme su pecho y finalmente rugió como jamás creyó que pudiese hacerlo. Su grito se escuchó en las nubes, las escuchó el halcón y también los otros pájaros que, aterrados, presenciaban la escena desde los lejanos árboles, sin poder hacer nada. Lo escuchó el ave madre que venía desesperada a socorrer a su pequeño. Al oír el alarido, el halcón olvidó su presa y huyó aterrorizado. El pequeño gorrión, sin darse cuenta del peligro que había corrido, llegó hasta el sombrero del espantapájaros. Todas las aves fueron testigos de la escena. Entonces todas comprendieron la verdad de las palabras del gorrión. El monstruo, en realidad, era un amigo. Un amigo que le había salvado la vida a uno de sus pequeños.

* * *



Desde aquel día, antes de que los campesinos llegaran a los campos, y después cuando ya se habían retirado, todos los pájaros volaban hasta donde estaba el monstruo del campo. Reposaban y se dormían en sus hombros. Picoteaban su sombrero, se paraban en su nariz. Le daban recitales bailando en sus brazos. Lo hacían reír.

Pero también, y cosa terrible, se comían las semillas y brotes que el espantapájaros tenía el deber de cuidar y que con esa nueva felicidad había olvidado.

Extrañado de que la producción bajara tanto, una tarde, después de parar los trabajos, el dueño de los campos se acercó a observar los sembrados. Con sorpresa vio que sus tierras estaban llenas de aves. Zorzales, picaflores, loicas, gorriones, todos sobrevolaban sus sembrados y se

alimentaban de ellos. Fuera de sí por la indignación, se encaminó hasta donde estaba el espantapájaros y exclamó:

—¡¿Para qué estás parado aquí?! ¡¿Para qué tienes esos ojos?! ¡¿Y esos oídos?! ¡¿Y para qué te hicieron tan feo si no eres capaz de espantar a unos minúsculos pájaros?! ¡De verdad no sirves para nada! ¡Volverás a ser madera y paja! ¡O mejor aún, mañana mismo serás cenizas, porque mandaré quemarte!

Y dándole un empujón lo derribó a tierra.

El espantapájaros quedó tendido con los ojos hacia el cielo. Así pudo ver cómo, después de que el hombre se fuera, decenas de aves llegaban hasta él. Sobrevolaban a su alrededor con los ojos muy abiertos, sin poder entender lo que aquel humano le había hecho.

—¡Amigo! ¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué te han derribado? —le preguntaron asustadas.

—¡Me van a quemar! —les contestó el espantapájaros, temblando de miedo—. ¡Desde aquí he podido ver cómo queman maderas y pajas y es terrible! ¡Los maderos se retuercen y lanzan gritos de dolor y se deforman hasta que ya no son más que polvo que se lleva el viento!

Uno a uno, los pájaros comenzaron a bajar y rodearlo. Todos, y en especial el pequeño gorrión, trataron de tranquilizarlo.

—¡No te preocupes! —le decían.

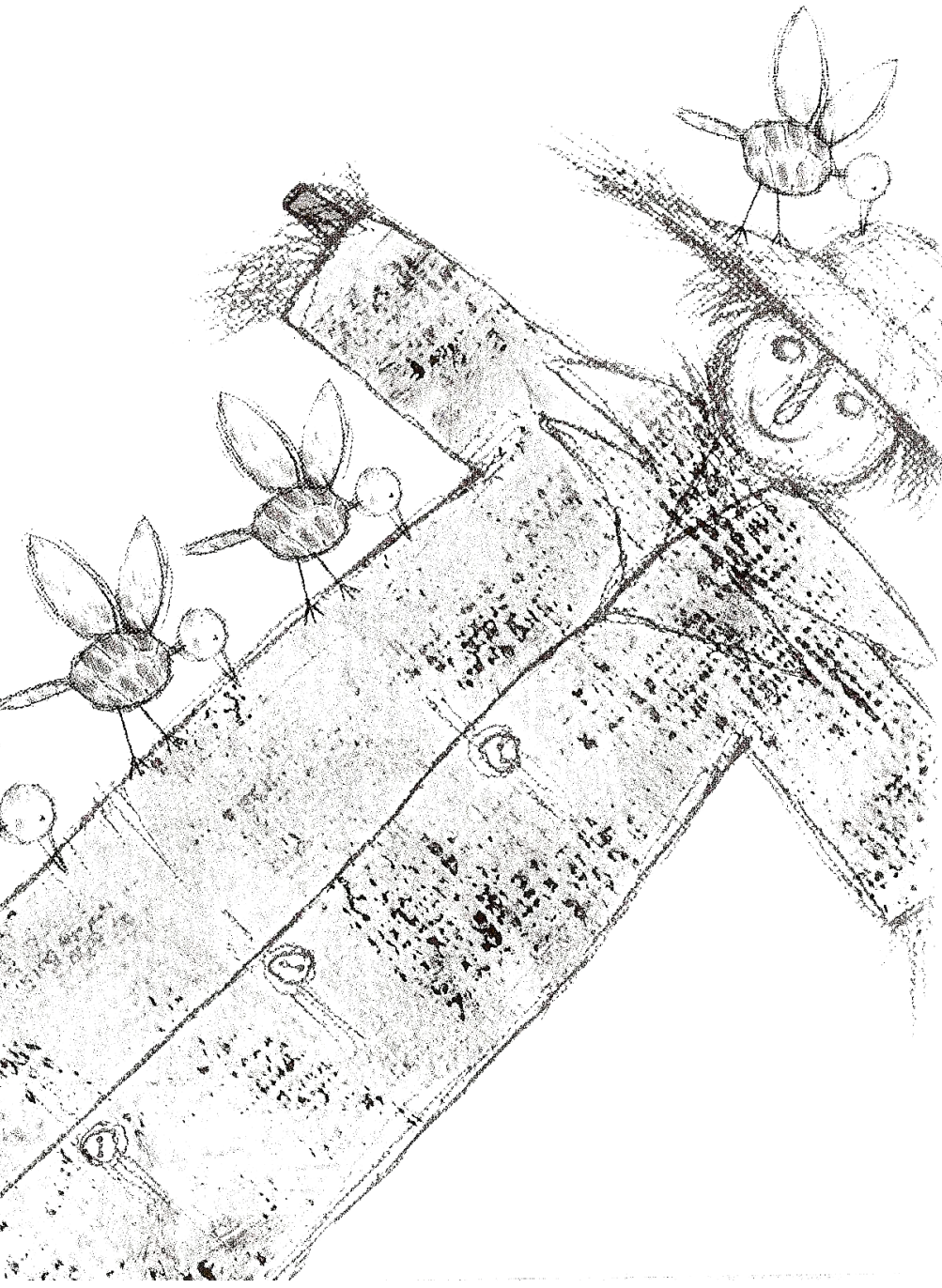
—¡No tengas miedo! —le rogaban.

—¡No permitiremos que te hagan algo así! —le repetían una y otra vez.

Durante aquella noche, los pájaros se

turnaron para acompañarlo. Soportando el sueño, los mayores se reunieron para ver la forma de salvarlo. Uno a uno propusieron planes... hasta que encontraron el mejor.

En la madrugada, antes de que los grillos volvieran a sus escondites y las lechuzas se durmieran y mucho antes de que apareciera el hombre que lo iba a sacrificar, todos los pájaros llegaron a su lado. El espantapájaros sintió que sus pequeñas patas se posaban sobre sus ropas y las presionaban con sus picos. Antes de que alcanzara a preguntarles, sintió que lo daban vuelta dejándolo con el rostro hacia la tierra. Él no podía saberlo, pero los pájaros habían decidido sacarlo de ahí como fuera. Uno a uno se afirmaron con sus picos y patas de cada pedazo de su abrigo y de su sombrero y de su cuerpo de palo y paja y comenzaron todos juntos a batir sus alas. El espantapájaros oyó el ruido sordo de



decenas de alas agitándose, y las voces de algunos pájaros que le gritaban:

—¡Estás a salvo! ¡Estás a salvo!

Y en medio del ruido y la euforia, comenzó a sentir que su cuerpo se separaba de la tierra, su cuerpo suspendido en el aire, su cuerpo siendo llevado por los aires. Pudo ver su campo y otros y las copas de los árboles desde donde lo saludaban otros pájaros que se alegraban de verlo allá arriba en los cielos. Pudo sentir el aire frío que le llegaba a la cara y le despeinaba el cabello de paja. Y vio las nubes como nunca había soñado verlas. Gordas y grandes. Y más y más campos, verdes y amarillos y otros más, llenos de árboles con frutos rojos y naranjas. Hasta que finalmente lo trajeron de vuelta y lo dejaron descansando en la copa de un gran árbol. El espantapájaros, exhausto por

la emoción, guardó silencio. Solo unas lágrimas descendían por su cara.

* * *

Desde esa mañana, él vive ahí, en uno de los árboles que antes solo podía ver de lejos. Cada cierto tiempo les pide a sus amigos que lo lleven a recorrer los cielos para contemplar los campos.

Como tiene ojos, puede ver los colores del otoño y del verano.

Como tiene oídos, puede escuchar cuando viene el viento.

Y como tiene corazón, puede amar y ser amado.

Este relato forma parte de un conjunto de cuentos de la autora, premiado por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura en 2003.